

Pero subsistiendo cada modo, la naturaleza divina está en las tres personas en toda su integridad.

Podría decirse: esta tesis acaba con todas las nociones filosóficas de personalidad.

No es cierto: la personalidad en Dios es lo que debe ser: *una naturaleza racional subsistente en sí misma.*

Lo que sucede, es que nos empeñamos, al estudiar la naturaleza divina, en tomar como base la naturaleza humana.

Esto es adoptar una base falsa: nunca puede calcarse el infinito sobre el finito.

Es preciso, concluiremos con Santo Tomás, entender la personalidad en la naturaleza divina de un modo más elevado que como se entiende en la naturaleza creada.

La luminosa fórmula en que está consignada nuestra creencia cristiana, nuestra fórmula dogmática; hay en Dios una sola naturaleza común á tres personas distintas, no es, como se ha visto, la expresión de un absurdo.

La razón es impotente para sostener que es absurda esa enunciación.

No puede, en consecuencia, afirmarse que esa fórmula sea opuesta á la fórmula que domina en el orden lógico.

Podrá quizá decirse: el infinito no escapa á la ley matemática: queda esta manifiestamente violada por el misterio de la Trinidad.

Tres personas son Dios y no hay más que un Dios solo, equivale sin duda, á decir, que tres es igual á uno y uno igual á tres.

Esto, podría decirse, es un absurdo enorme.

Evidentemente lo sería, si nuestra fórmula cristiana espresara que tres personas son iguales á una persona ó que una naturaleza indivisible es igual á tres naturalezas.

Pero no es esto lo que enuncia nuestra fórmula cristiana.

Ella, dice, que tres personas son iguales á una sola naturaleza, y una naturaleza igual á tres personas, como decimos que tres dimensiones de longitud, latitud y profundidad igualan un solo espacio y recíprocamente.

Esta comparación, podría decirse, no es adecuada, porque cada una de las personas divinas posee íntegramente la misma naturaleza.

Es verdad; no hay quien ponga en duda lo

inadecuado de la comparación: ella sola sirve para mostrar que no hay repugnancia y no para demostrar el misterio.

Tenemos que repetir que no puede calcarse el infinito sobre lo que es finito.

Nuestras comparaciones, por lo mismo, jamás pueden ser perfectamente adecuadas: las imágenes finitas de que podemos valernos son apenas imágenes, pero llenas de sombras, de lo que pasa en la vida Divina.

Lo que sí dice nuestra fórmula—y de consiguiente, no puede violar la ley matemática—es que las personas son distintas, es decir, el Padre no es el Hijo, ni el Padre y el Hijo son el Espíritu Santo.

Hay, de consiguiente, diversidad de relaciones, y donde hay diversidad de relaciones, desaparece la contradicción entre el número y la unidad, según este axioma de la filosofía: *Diversitas relationum tollit contradictionem*.

No puede, en consecuencia, asegurarse de un modo evidente que nuestra fórmula repugne á la ley matemática.

Podría decirse que si no repugna á la ley matemática, sí repugna á la ley metafísica.

Dios, como lo hemos demostrado en otra vez, es un ser perfectamente simple.

¿Cómo, entonces, diría la razón humana, combinar la simplicidad divina con la multiplicidad de personas?

La respuesta es sencilla.

Al estudiar la simplicidad divina, dijimos y demostramos que esa simplicidad consiste en que Dios es todo lo que tiene: *Deus est hoc quod habet*.

Es, por tanto, su inmensidad, su eternidad, su inmutabilidad, su infinidad, su inteligencia, su voluntad, su vida.

Es, entonces, también su fecundidad, es todas sus relaciones, es su paternidad, su filiación, su procesión.

“La subsistencia de las personas, dice el P. Monsabré, no es una sombra de la simplicidad divina, es al contrario, una luz que nos hace ver mejor, como los actos internos de la inteligencia y de la voluntad en Dios no dan lugar á una composición y son Dios mismo.”

Ya se ve, entonces, como la razón humana es impotente para llegar á demostrar que la fórmula en que se condensa el Misterio de la Trinidad

Divina es contrario á la ley lógica, á la ley matemática, á la ley metafísica.

La razón humana en los últimos tiempos ha tomado otro camino: reconociendo quizá su impotencia para negar con fundamento el Misterio; se ha propuesto desfigurarle.

Tampoco en este camino ha logrado prosperar.

Dicen los modernos filósofos: Como todos los Misterios cristianos, el de la Trinidad, lejos de contradecir á las leyes del espíritu humano, está dominado por una ley de progreso que quiere que la fe ciega y entusiasta, prepare el advenimiento de la razón.

El género humano, en la época de la espontaneidad, se apega como un niño, á las fórmulas simbólicas: cuando llega al término de su movimiento intelectual, es decir, á la edad de la reflexión, desprende la verdad del símbolo que la envuelve, y la expresa en una fórmula filosófica.

De manera que, en concepto de esos filósofos, el gran Misterio cristiano no es más que un símbolo propio para los niños, y al cual estuvo apegada la humanidad en la época de su infancia.

De ese símbolo van á sacar la verdad en él contenida y á enunciarla en una fórmula filosófica.

La verdad que ellos desprenden es esta: *La idea que evoluciona, el mundo ó la evolución de la idea, la relación del mundo y de la idea, ó de esta otra manera: El infinito, el finito, la relación del finito y del infinito: la unidad, la variedad, la relación de la variedad y la unidad.*

“Siendo estas tres ideas, dice Cousin, el fondo de la razón humana, son necesariamente el fondo de la razón eterna; es una triplicidad que se resuelve en unidad, una unidad que se resuelve en triplicidad.”

“He aquí al Dios tres veces Santo, que reconoce y adora el género humano.”

“He aquí, concluye el filósofo francés, el fondo mismo del cristianismo.”

He aquí, decimos nosotros, la trinidad hegeliana: he aquí la trinidad de la escuela ecléctica francesa.

A esto llaman los filósofos de esas escuelas, las trasformaciones de un símbolo.

“Suponiendo que nuestro dogma sea un símbolo, dice el Padre Monsabré, ¿es, por ventura, realizar una transformación, hacerlo pasar á un orden inferior?”

Si también en el orden intelectual y en el or-

den dogmático, tiene cabida el Darwinismo, como parece que lo quieren estos filósofos, necesario es que, en el orden intelectual y en el orden dogmático, obedezca á la misma ley que lo domina, en el orden de la naturaleza: necesario es que se siga una ley de progreso, y no una ley de decadencia.

Nuestra fórmula cristiana expresa las relaciones reales del infinito, consigo mismo: es la expresión de la vida divina, dentro de ella misma: es un orden superior.

La evolución, obedeciendo á su ley, debía expresar algo más elevado, algo más sublime.

La evolución de la escuela hegeliana, y la evolución de la escuela ecléctica francesa, obra en sentido inverso.

De nuestra fórmula cristiana, evolucionando, desprenden esta otra: *finito, infinito, relación entre uno y otro: unidad, variedad, relación entre una y otra.*

Estas dos últimas fórmulas ya no expresan los actos subsistentes de la vida divina: expresan las relaciones del infinito con el finito, es decir, descienden de los actos internos de Dios, á sus actos exteriores: consideran como un término de esas relaciones, á la naturaleza creada.

La fórmula ha perdido en su evolución, ha descendido: la ley del evolucionismo está rota.

“Descender del infinito al finito, dice el P. Monsabré, tomar como un embrión informe nuestro dogma tan noble, tan elevado, tan puro de toda mezcla, tan digno de la majestad de Dios, y hacerle producir una trinidad vulgar que enseña al género humano, lo que él sabe desde hace seis mil años, es tan ridículo, como si alguno se esforzara en sacar del germen de la vida humana, un álamo ó un encino.”

Queda, pues, demostrado, que la razón humana es tan impotente para desfigurar, por medio de sus interpretaciones, los misterios de la fe, como para destruirlos, en nombre de la evidencia.

DIOS PRINCIPIO Y FIN.

La actividad divina no se agota por las procesiones divinas y eternas del Santo Espíritu y el Verbo.

Los bienes y la felicidad, de que goza Dios en su vida íntima, no quedan allí encerradas.